

Sin título, 2003, monotipia

¿QUÉ es lo que nos induce a publicar estas páginas del *Diario* de Witold Gombrowicz? En primer lugar su alta calidad literaria, pero luego la marginación que existe en México de una obra tan significativa. Es cierto, hace alrededor de veinte años se publicó en la editorial Siglo XXI una larga y muy lúcida entrevista realizada por el francés Dominique de Roux, y también que un escritor mexicano —Sergio Pitol— ha traducido varios libros suyos, aunque dichas versiones no fueron publicadas aquí sino en el extranjero. Desconocemos el motivo de tanta exclusión. Gombrowicz no existe dentro de las referencias literarias que circulan en este país.

En la edición del *Diario Argentino* publicada por la editorial Adriana Hidalgo de Buenos Aires, de donde estas páginas fueron extraídas, se agregan, como una muestra del interés que sus notables textos despiertan, treinta páginas de bibliografía sólo de autores de aquel país.

Acompañamos estos extractos de Gombrowicz con un luminoso ensayo sobre el autor, de Juan José Saer, incluido en su libro *El concepto de ficción* (México, Planeta, 1999).

DIARIO ARGENTINO. Berlín, 18 de mayo, 1963

Witold Gombrowicz

Traducción: Sergio Pitó

Escribo estas líneas en Berlín.

¿Qué ocurrió? Durante enero y febrero, los meses más cálidos del verano argentino, estuve en Uruguay, escondido entre los bosques de la costa oceánica con mi *Cosmos*, ya próximo al fin, pero aún irritante porque el final se negaba a revelarse; me parecía que en la última parte había que darle un empujón hacia otra nueva dimensión —¿pero cuál? Ninguna de las soluciones que se me ofrecían me resultaba satisfactoria.

El bosque, la monotonía de las olas y la arena, la despreocupación uruguaya sonriente y liviana me resultaban en esa ocasión propicias para mi trabajo; regresaba de la costa tembloroso de impaciencia para seguir esforzándome con el texto, lleno de esperanzas en que la forma, al crecer, venciera por sí misma las dificultades. Llegó el día de mi regreso a Buenos Aires. Media hora antes de mi salida... el cartero. Una carta de París en la que me preguntaban confidencialmente si aceptaría una invitación de la Fundación Ford para la estancia anual en Berlín.

A veces había experimentado esa niebla que invade, cegándonos, los momentos decisivos de la vida. Los partos prefieren la noche, y si los movimientos profundos del destino, los que anuncian el Gran Cambio, no acontecen en la noche, entonces, como intencionalmente, se forma a su alrededor un caos extraño, borroso, dispersador... Esa invitación a Berlín me resolvía el viejo problema, amargamente rumiado, de terminar con la Argentina y regresar a Europa. Por momentos sentía que no había otra salida. Pero he ahí ya la primera complicación embrolladora y borrosa; la carta tenía fecha de un mes atrás, se había extraviado en la oficina de correos, y exigía una respuesta inmediata (pues tal

invitación era una fortuna que muchos codiciaban con “los dientes bien afilados”). ¿Por qué se había extraviado la carta? ¿Por qué no enviaron otra? ¿Es que entonces, ¡Dios mío!, todo se había desvanecido y debía quedarme en Buenos Aires?

Cuando llegué a Buenos Aires encontré sobre el escritorio un telegrama que reclamaba contestación urgente. Pero el telegrama tenía ya dos semanas de haber llegado. Por una mezcla extraordinaria de descuido y mala suerte había sido aquel telegrama —de entre toda la correspondencia recibida— el único que no me había sido reexpedido. Telegrafí que aceptaba... pero ya entonces no me cabía la menor duda de que todo sería en balde, que todo se lo había llevado el diablo, y que yo, ¡Dios mío!, no podría moverme de la Argentina.

Sin embargo ya algo comenzaba a acontecer a mi alrededor... en esos días de incertidumbre algunos aspectos particulares de la realidad argentina cobraron un súbito impulso, parecía como si aquella realidad al presentir un final próximo se hubiese comenzado a acelerar e intensificar en todo lo que de específico contenía... esto se demostraba evidentemente en lo que se refiere a la juventud, la parte quizá más característica de mi situación... Ellos, como si justamente hubieran percibido en esos días que algo como yo no les sucedería todos los días: un escritor ya “formado”, con un nombre ya conocido, que no trataba con personas mayores de veintiocho años, un artista con una rara estética personal, con un orgullo especial, que con desdén y hastío rechazaba a la gente “lograda” en la cultura para acercarse a los jóvenes, a aquellos *à l'heure de promesse*, los de la etapa inicial, los de la antesala literaria... vaya, ¡pero qué caso excepcional, sin precedentes! ¡Qué excelente oportunidad para atacar con ese “jovenviejo” a manera de ariete al *beau monde* literario de la Argentina, derribar las puertas, provocar la explosión de las jerarquías, causar escándalos! —y he aquí que esos *blousons noirs* del arte, esos iracundos (una de sus agrupaciones se llamaba “Mufados” , otra

“Elefantes”) me asaltaron, llenos de afán bélico, empezaron a elaborar apresuradamente las formas de introducirme en la prensa más importante. Miguel Grinberg, dirigente de los “Mufados”, preparaba febrilmente un número de su revista combativa dedicado a mí —¡movilización, movimiento, electricidad! Yo miraba todo aquello con asombro... porque de verdad parecía como si presintieran ya mi fin cercano... y sin embargo, aún no lo sabían... Con asombro, y no sin placer, porque aquello halagaba mi terquedad innata, verían que a pesar de todo mi *grand guignol* (que me restaba seriedad entre los hombres de letras respetables) era yo, ¡ja, ja!, alguien muy serio y constituía un valor. Y el *grand guignol* propio de mi situación se inflamaba en esos días finales de una manera realmente insólita, a cada momento estallaba alguna excentricidad, en la prensa aparecían cada vez con mayor frecuencia noticias sobre mi “genialidad” reconocida, triunfante victoriosamente en Europa, y Zdzislaw Bau, que redactaba la crónica social en el *Clarín*, me hacía publicidad insertando alusiones graciosas sobre bailarinas seducidas por “Gombro” en los balnearios de moda. ¿Si este rumor llegaba a los salones europeos de Madame Ocampo, qué podían pensar sus respetables escritores? ¿Llegaba algo a penetrar en su Olimpo? ¿No se sentían acaso como Macbeth al mirar desde el castillo de Dunsinane el bosque verde que iba aproximándose?... En aquel verdor acechaba la farsa, lo salvaje, la anarquía, la mofa, pero todo insuficientemente sazonado (“frito” y “cocido”), a un nivel inferior, “casi de sótano”. Me olvidé del asunto de Berlín. Todo anunciaba una diversión formidable, tal como a mí me gusta, desconcertante, desequilibradora, a medio hacer.

De pronto, la invitación oficial de la Fundación Ford.

Mis pies tocaron tierra argentina el 22 de agosto de 1939. Desde entonces muchas veces me había preguntado: ¿cuántos años aún?, ¿cuánto tiempo? He aquí que el 19 de marzo de 1963 supe que llegaba el fin. Apuñalado por la daga de esta aparición,

me sentí morir por un instante. Sí, es verdad, toda la sangre me abandonó durante un minuto. Ya ausente. Ya acabado. Ya listo para el viaje. Roto quedaba el misterio entre yo y aquel lugar mío.

Aquel final exigía una comprensión, una toma de conciencia, pero ya me había arrebatado el torbellino exterminante y dispersador: documentos, dinero, valijas, compras, liquidación de todo; tenía frente a mí dos semanas escasas para despachar todos mis asuntos; me dedicaba desde el amanecer hasta bien entrada la noche a arreglar, despachar, rematar a los amigos mediante una ternura ya ausente, terminar con mis sentimientos y mis agravios lo más rápidamente posible: desayuno con Fulano, cena con Zutano, de prisa, debo recoger aún algunos paquetes...

Debo decir que en los momentos finales comenzaron a madurar flores y frutos inesperados, florecían las amistades, que por años enteros se habían mantenido en un estado de semisomnolencia, vi lágrimas... pero ya no tenía tiempo de nada y fue como si aquellos sentimientos al demorar su realización hasta el último momento se volvieran irreales. Todo para el último momento, todo en realidad *ex post*. Relataré una anécdota cómica: salgo un día a las siete y media de la mañana para arreglar once asuntos urgentes y me topo en la escalera con una joven, una beldad de dieciocho años, novia de uno de mis amigos estudiantes, a quien él llamaba "La valija" porque, según lo que afirmaba, se andaba con ella igual que con una valija. "La valija" solloza, derrama lágrimas, me declara su amor, ¡no solamente ella —decía—, sino todas sus amigas estaban también enamoradas de mí, Witoldo; ninguna se había salvado! Y así una semana antes de mi partida me enteré de aquellos amores virginales... ¡Sí, era gracioso, pero no tan gracioso! Aquel risible triunfo de la despedida me causaba escalofríos. ¿Así que aquellas jóvenes estaban también dispuestas a colaborar en mi drama? Muchas veces me sorprendió y horrorizó hasta lo inaudito la reacción violenta de la juventud hacia mis sufrimientos relacionados con ella. Y ahora sentía

una especie de generosidad lamentable y desamparada, una mano amistosamente tendida, que ya no podía alcanzar... Aún otras flores y frutos se dieron en esos momentos de agonía en el jardín cultivado por mi drama desde hacía muchos años; sí, fue una maduración rápida e impetuosa, mientras yo, asceta, corría de un lado a otro haciendo compras. Todo estaba en movimiento; la presión tremenda del tiempo, acelerada por mi partida, era justamente como la que se presenta cinco minutos antes de la llegada del Año Nuevo: movimiento, presión, ya nada se podía captar, todo se me caía de las manos y desaparecía como si lo hubiera contemplado a través de la ventanilla de un tren. Nunca me había encontrado tan solo y distraído.

A pesar de todo intentaba —a veces febrilmente— darle forma a mi éxodo. Hasta cierta analogía entre estos últimos días y los primeros, los de 1939, analogía formal únicamente, pero me aferré a ella, en mi caos, y pude hasta llegar a encontrar el tiempo necesario para emprender la peregrinación a los lugares que habían sido míos; llegué por ejemplo a un gran edificio situado en la calle Corrientes número 1258, llamado “El Palomar”, donde se cobijaba el más diverso pobrerío, donde sobreviví quizás al período más difícil, aquel de fines de 1940, enfermo, sin un centavo. Subí al cuarto piso, vi la puerta de mi cuartito, los goznes conocidos, las raspaduras en la pared, toqué el picaporte, la barandilla de la escalera, sonó en mi oído la vieja e inoportuna melodía del *dancing* de abajo, reconocí el viejo olor... y por un momento, asido a algo invisible, esperaba que ese regreso fuera capaz de darle forma y sentido al presente. No. Nada. Oquedad. Vacío. Fui aún a otra casa, en la calle Tacuarí número 242, donde viví en diciembre de 1939, pero esa visita resultó peor. Entro, abordo el ascensor para trasladarme al tercer piso, donde existió mi pasado; aparece el portero:

—¿A quién desea ver?

—¿Yo?... Al señor López. ¿No vive aquí el señor López?

—Aquí no vive ningún López. ¿Por qué se mete en el ascensor en vez de preguntar en la portería?

—Pensé que... en el tercer piso...

—¿Y cómo sabe que en el tercer piso si ni siquiera está usted seguro de que viva aquí? A propósito, ¿qué asunto lo trae? ¿A quién busca? ¿Quién le dio la dirección?

Huí.

8 de abril

El puerto. Un café en el puerto, próximo al gigante blanco que habrá de llevarme... una mesita frente al café, amigos, conocidos, saludos, abrazos, cuidate, no nos olvides, saluda de nuestra parte a... y de todo aquello la única cosa que no murió fue una mirada mía, que por motivos desconocidos me quedará para siempre; miré casualmente al agua del puerto, por un segundo percibí un muro de piedra, un farol en la acera, al lado un poste con una placa, un poco más allá las barquitas y las lanchas balanceándose, el césped verde de la orilla... He aquí cuál fue para mí el final de la Argentina: una mirada inadvertida, innecesaria, en una dirección casual; el farol, la placa, el agua, todo ello me penetró para siempre.

Estoy ya en el barco. Se inicia la marcha. Se aleja la costa y la ciudad emerge, los rascacielos con lentitud se superponen unos a otros, las perspectivas se desdibujan, confusión entera de la geografía —jeroglíficos, adivinanzas, equivocaciones—, todavía se presenta “La torre de los ingleses” de Retiro, pero en un lugar que no le corresponde; he aquí el edificio de correos, pero el panorama es irreconocible y fantasmagórico en su enredo, algo de mala fe, prohibido, engañoso, como si malignamente la ciudad se cerrara frente a mí, ¿sé ya tan poco de ella!... Me llevo la mano al bolsillo. ¿Qué sucede? Me faltan los doscientos cincuenta dólares que había llevado conmigo para el viaje; me palpo, corro al camarote, busco, quizás en el abrigo, en el pasaporte; no,

hay nada. ¡Diablos! Tendré que cruzar el Atlántico con los pocos pesos que me han quedado, ¡una suma aproximadamente equivalente a tres dólares!

Pero allá, afuera, la ciudad se aleja, concéntrate, no permitas que te despojen de esta despedida; corro de nuevo a cubierta: ya sólo se veían oblicuamente en el extremo de la superficie del agua los indeterminados torbellinos de la materia, una nebulosa calada tejida acá y allá con un contorno más claro; mi vista ya nada captaba, tenía frente a mí un plasma en el que se adivinaba cierta geometría, pero era una geometría demasiado difícil... Esta dificultad, sin cesar creciente y opresora, acompañaba el murmullo del agua surcada por la proa de la nave. Y a la vez los doscientos cincuenta dólares perdidos se sumergían en los veinticuatro años de mi estancia en la Argentina, aquella dificultad se desdoblaba en ese momento en veinticuatro y doscientos cincuenta. ¡Oh, matemática misteriosa y engañosa! Doblemente robado fui a recorrer el barco.

La cena y luego la noche que mi gran fatiga merecía. Al día siguiente salí a cubierta; murmullo, agitación, azul del cielo, océano surcado profundamente, florecimiento tempestuoso de la espuma en el espacio corroído por la demencia incesante de un movimiento violento, la proa del *Federico* apunta al cielo y vuelve a hundirse en el abismo del agua, chorros de agua salada, no es posible permanecer parado sin asirse de algo... allá a la izquierda, a unos quince kilómetros de distancia, la costa del Uruguay, ¿serán aquellas acaso las montañas que conozco, las que rodean Piriápolis?... Sí, sí, y ahora ya se ven los cubitos blancos de los hoteles de varios pisos de Punta del Este y, juro, llega hasta mí el brillo intenso que produce el sol al reflejarse en el cristal de los automóviles —brillo agudo de largo alcance. Ese brillo procedente de un automóvil en alguna bocacalle fue el último signo humano emitido para mí desde la América que conozco, me llegó como un grito en medio del desorden enorme del mar, bajo

un cielo embrujado que intensificaba la confusión total. ¡Adiós, América! ¿Cuál América? La tormenta con la que nos saludó el Atlántico no era nada habitual (me comentó después el *steward* que desde hacía mucho tiempo no había visto otra semejante), el océano era omnipotente, el viento ahogaba, y yo sabía que en este desierto enloquecido surgía ya delante de mí, indicada por nuestra brújula, Europa. Sí, se acercaba y yo no sabía aún qué dejaba tras de mí. ¿Cuál América? ¿Cuál Argentina? Oh, ¿en realidad qué fueron esos veinticuatro años? ¿Con qué regresaba a Europa? De todos los encuentros que me aguardaban había uno especialmente molesto... tenía que encontrarme con un barco blanco... salido del puerto polaco de Gdynia con rumbo a Buenos Aires... tenía que encontrarme inevitablemente con él, tal vez dentro de una semana, a mitad del océano. Era el *Chrobry* de agosto de 1939, en cuya cubierta me hallaba con el señor Straszewicz y el senador Rembielinski y el ministro Mazurkiewicz... ¡alegre compañía! Sí, sabía que tenía que encontrarme con aquel Gombrowicz rumbo a América, yo, Gombrowicz, el que partía ahora de América. Cuánta curiosidad me consumía en aquel entonces, ¡monstruosa!, respecto de mi destino; sentía entonces mi destino como si estuviera en un cuarto oscuro, donde no se tiene idea de con qué va uno a romperse la nariz. ¡Qué hubiera dado por un mínimo rayito de luz que iluminara los contornos del futuro!, y heme aquí acercándome a aquel Gombrowicz; como solución y explicación, yo soy la respuesta.

¿Pero será una respuesta a la altura de la tarea? ¿Seré capaz de decirle algo al otro cuando el barco emerja de la brumosa extensión de las aguas con su chimenea amarilla y potente, o tendré que permanecer callado? Sería lastimoso. Y si aquél me pregunta con curiosidad:

—¿Con qué regresas? ¿Quién eres ahora?... —yo le responderé con un gesto de perplejidad y las manos vacías, con un encogimiento de hombros, quizá con algo parecido a un bostezo:

—¡Aaay, no lo sé, déjeme en paz!

El balanceo, el viento, el murmullo, el enorme encrespamiento de las olas bullentes y turbias se funden en el horizonte con el cielo inmóvil, que con su inmovilidad inmortaliza la liquidez... y a lo lejos, a la izquierda, aparece vagamente la costa americana, como un preámbulo del recuerdo... ¿seré incapaz de dar otra respuesta? ¿Argentina? ¡Argentina! ¿Cuál Argentina? ¿Qué fue eso? ¿Argentina? Y yo... ¿qué es ahora ese *yo*?

Mareado, porque la cubierta se me escapa bajo los pies en todas direcciones, me aferro a la barandilla, titubeo, me dejo llevar por el torbellino, aturdido por el viento; a mi alrededor: rostros verdes, miradas turbias, figuras encogidas. Me suelto de la baranda y realizando un milagro de equilibrio, avanzo... de pronto miro, hay algo en una tabla de cubierta, algo pequeño. Un ojo humano. No hay nadie, sólo junto a la escalera que conduce a la cubierta del puente un marinero que mastica chicle. Le pregunto:

—¿De quién es este ojo?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, sir.

—¿Se le cayó a alguien o se lo arrancaron?

—No vi a nadie, sir. Está ahí desde la mañana; lo habría levantado y guardado en una cajita, pero no puedo apartarme de la escalera.

Iba a continuar mi marcha interrumpida hacia mi camarote, cuando apareció un oficial en la escalera de la escotilla.

—Aquí en cubierta hay un ojo humano.

Manifiesta gran interés:

—¡Diablos! ¿Dónde?

—¿Piensa usted que se le haya caído a alguien o que le fue sacado?

El viento me arrebatava las palabras, había que gritar, pero el grito también huía de la boca, se hundía irremisiblemente en la

lejanía. Seguí caminando; oí un gong que anunciaba el desayuno. El comedor estaba vacío, el vómito general había hecho desertar a toda la gente. Éramos sólo seis audaces, con la vista fija en el “bailoteo” del suelo y en la inverosímil acrobacia de los camareros. Mis alemanes (porque desgraciadamente me sentaron con un matrimonio alemán, que habla tanto español como yo alemán) no aparecieron. Pedí una botella de Chianti y los doscientos dólares se me clavaron una vez más como un enorme alfiler. ¿Con qué voy a pagar la cuenta que ahora estoy firmando? Después del desayuno envió un radiotelegrama a mis amigos de París para que me giren al barco doscientos dólares. Viajo cómodamente, tengo un camarote exclusivamente para mí, la cocina, como antaño en el *Chrobry*, es excelente, puro placer... ¿No morir? ¿Qué es este viaje sino un viaje hacia la muerte?... Las personas de cierta edad ni siquiera deberían moverse, el espacio está demasiado relacionado con el tiempo, el impulso del espacio resulta una provocación al tiempo, todo el océano está hecho más bien de tiempo que de inmensas distancias, es un espacio infinito, se llama: muerte. Da lo mismo.

Al analizar mis veinticuatro años de vida argentina percibí sin dificultad una arquitectura bastante clara, ciertas simetrías dignas de atención. Por ejemplo, había tres etapas, de ocho años cada una: la primera etapa, miseria, bohemia, despreocupación, ocio; la segunda etapa, siete años y medio en el Banco, vida de oficinista; la tercera etapa, una existencia modesta, pero independiente, un prestigio literario en ascenso. Podía también enfocar ese pasado estableciendo ciertos hilos: la salud, las finanzas, la literatura... u ordenándolo en otro sentido, por ejemplo desde el ángulo de mi problemática, los “temas de mi existencia”, que mudaban poco a poco con el tiempo. ¿Pero cómo tomar la sopa de la vida con una cuchara agujereada por estadísticas, diagramas? ¡Bah!, una de mis valijas en el camarote contenía una carpeta; en ella había una serie de pliegos amarillentos con la

cronología, mes tras mes, de mis hechos —veamos, por ejemplo, qué pasaba exactamente hace diez años, en abril de 1953: “Últimos días en Salsipuedes. Escribo mi *Sienkiewicz*, Ocampo y los paseos por Río Ceballos, regresos nocturnos. Leo *La mente prisionera* y a Dostoievski. El día 12 regreso en tren a Buenos Aires. El banco, el aburrimiento, la señora Zawadska, el horror, la carta de Giedroyó anunciando que el libro no va bien, pero que aún quiere publicar alguna otra cosa mía. En casa de los Grocholski y de los Grodzicki. El “banquete” publicado en *Wiadonosci*, etcétera, etcétera. Podía así ayudar a mi memoria, pasear de un mes al otro, por el pasado. ¿Y qué?, ¿qué hacer? — me pregunto, con esta letanía de especificaciones, cómo absorber esos hechos, si cada uno se desintegra en un hormiguelo de acontecimientos menores que al fin se convierten en una niebla; era un asalto de miles de millones, una disolución en una continuidad imperceptible, algo como el sonar de un sonido... ¿pero, en realidad, cómo poder hablar aquí de hechos? Y sin embargo ahora, al regresar a Europa, ya habiendo acabado todo, me acuciaba la necesidad tiránica de rescatar aquel pasado, de asirlo aquí, en el estruendo y el torbellino del mar, en la angustia de las aguas, en la efusión inmensa y sorda de mi partida por el Atlántico, ¿no sería sólo una especie de balbuceo, un balbucear el caos, como estas olas? Una cosa no obstante se volvió evidente: no se trataba de ninguna cuestión intelectual, ni siquiera de un asunto de conciencia, se trataba únicamente de pasión.

Estar apasionado, ser poeta frente a ella... Si la Argentina me conquistó, fue a tal grado que (ahora ya no lo dudaba) estaba profundamente, y ya para siempre, enamorado de ella (y a mi edad no se arrojan estas palabras al viento del océano). Debo agregar que si incluso alguien me lo hubiera exigido, al costo de la vida, no hubiese logrado precisar qué fue lo que me sedujo en esta pampa fastidiosa y en sus ciudades eminentemente burguesas. ¿Su juventud? ¿Su “inferioridad”? (¡Ah, cuántas veces me

frecuentó en la Argentina la idea, una de mis ideas capitales, de que “la belleza es inferioridad”!) Pero aunque ése y otros fenómenos considerados con mirada amistosa e inocente, con una gran sonrisa, en un ambiente cinematográficamente coloreado, cálido, exhalación tal vez de las palmeras o de los ombúes, desempeñaron, como es sabido, un papel importante en mi encantamiento, no obstante la Argentina seguía siendo algo cien veces más rico. ¿Vieja? Sí. ¿Triangular? También cuadrada, azul, ácida en el eje, amarga desde luego, sí, pero también inferior y un poco parecida al brillo del calzado, a un topo, a un poste o a la puerta, también del género de las tortugas, fatigada, embadurnada, hinchada como un árbol hueco o una vasija, parecida a un chimpancé, consumida por el orín, perversa, sofisticada, simiesca, parecida también a un sándwich y a un empaste dental... Oh, escribo lo que me sale de la pluma, porque todo, cualquier cosa que diga puede aplicarse a la Argentina. *Nec Hercules...* Veinte millones de vidas en todas las combinaciones posibles es mucho, demasiado, para la vida singular de una persona. ¿Podía yo saber qué fue lo que me cautivó en esa masa de vidas entrelazadas? ¿Tal vez el hecho de haberme encontrado sin dinero? ¿El haber perdido mis privilegios polacos? ¿Sería que esa latinidad americana complementaba de algún modo mi polonidad? Quizás el sol del Sur, la pereza de la forma, o tal vez su brutalidad específica, la suciedad, la infamia... no lo sé... Y, además, no correspondía a la verdad la afirmación de que yo estuviera enamorado de la Argentina. En realidad no estaba enamorado de ella. Para ser más preciso, sólo quería estarlo.

Te quiero. Un argentino en vez de decir “te amo”, dice “te quiero”. Meditaba entonces (todo el tiempo sobre el océano, sacudido por el barco, éste a su vez sacudido por las olas) que el amor es un esfuerzo de la voluntad, un fuego que encendemos en nosotros, porque así lo queremos, porque decidimos estar enamorados, porque no se puede tolerar no estar enamorado (la tor-

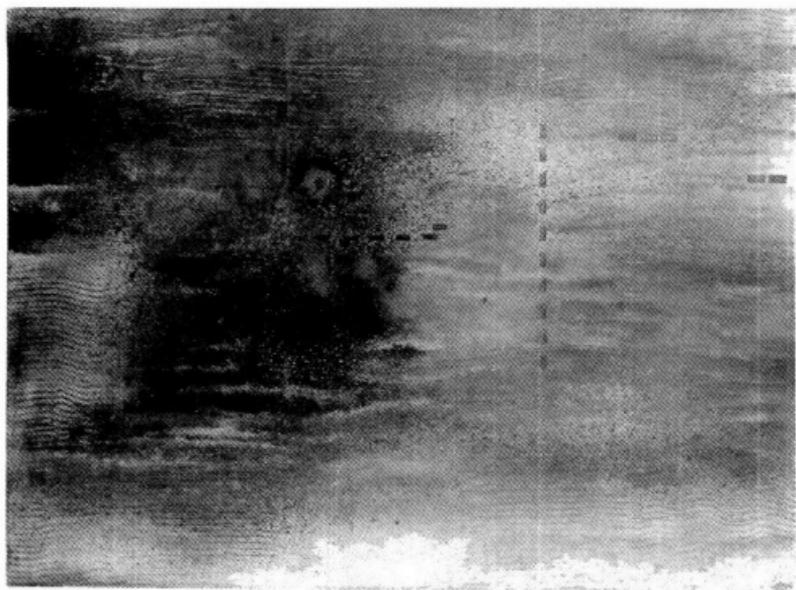
peza con que me expreso corresponde a cierta inhabilidad, producto de la misma situación)... No, no es que la quiera, sólo deseo estar enamorado de ella y por lo visto para eso me era vehementemente necesario acercarme a Europa en un estado de aturdimiento apasionado por la Argentina, por América. No quería tal vez aparecer en el ocaso de la vida en Europa sin esa belleza que da el amor —puede ser que temblara por haber roto con un lugar lleno de mí, que temiera que mi traslado a lugares extraños, no calentados aún por mí, me empobreciera y enfriara y matara—, deseaba sentirme apasionado en Europa, apasionado por la Argentina, temblaba ante ese único encuentro que me esperaba (en pleno océano, al anochecer, tal vez al alba, en las nieblas veladas del espacio salado) y por nada del mundo quería presentarme a ese *rendez-vous* con las manos enteramente vacías.

El barco avanzaba. El agua lo levantaba y lo hundía. Soplaban el viento. Me sentía un tanto desvalido, confundido, porque quería amar a la Argentina y a mis veinticuatro años comprendidos en ella, pero no sabía cómo...

El amor es dignidad. Así me lo parece a mis años. Cuando mayor es el derrumbe biológico, más se hace necesaria la pasión de arder entre llamas. Mucho mejor es terminar abrasado que irse lenta, cadavéricamente enfriando. La pasión, ahora lo aprendía, es más necesaria en la vejez que en la juventud.

Cae la noche. Ya es noche cerrada. Del lado de babor, apenas perceptible, los centelleantes faros de la costa brasileña, y aquí en cubierta yo, yendo hacia delante, alejándome sin cesar en una marcha incomprensible... Desierto... lo infinito de un vacío que hierve, truena, ruge, salpica... infinito imposible de definir, inalcanzable, hecho de torbellinos y de abismos marítimos, igual aquí que allá, y aun más allá y más allá; en vano aguzo la vista, hasta el dolor; nada se puede ver tras la barrera de la noche, todo cae y se vierte sin reposo, se hunde y se sumerge tras las tinieblas; allá abajo, deformidad y movimiento, delante de mí sólo un es-

pacio irreal; arriba el cielo con un innumerable enjambre de estrellas indistinguibles, irreconocibles... Sin embargo aguzo la mirada. Y nada. Por otra parte, ¿acaso me asistía el derecho de poder ver? Yo, abismo en este abismo, sin memoria, perdido, desbordado por pasiones, dolores, que desconocía, ¿cómo es posible ser después de veinticuatro años sólo agua que se vierte, espacio vacío, noche oscura, cielo inmenso?... ser un elemento ciego, no poder lograr nada en sí mismo. ¡Oh, Argentina! ¿Qué Argentina? Nada, un fiasco. Ni siquiera podía desear, cualquier posibilidad de deseo estaba excluida por un exceso de efusión que lo inmovilizaba todo, el amor se convertía en desamor, todo se confundía; debo irme a acostar, ya es tarde, el ojo humano... ¿Cómo llegó un ojo humano a cubierta?... ¿Fue sólo una impresión? ¿Quién puede saberlo! A fin de cuentas da lo mismo, ojo o no ojo. Porque, ¿para qué jugar a los formalismos? ¿Vale la pena exigir a los fenómenos un pasaporte? ¿Qué pretensiones! ¿Puedes ver algo? No, será mejor que duermas.



Desierto, 2002, óleo sobre tela, díptico

